El hombre lagarto

Colección
Posdata

David James Poissant

El hombre lagarto

Publicado originalmente en 2007
Traducción de Teresa Arijón y Bárbara Belloc

edhasa

Poissant, David James
El hombre lagarto / David James Poissant. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2025.
80 p. ; 15 x 11 cm.

Traducción de: Teresa Arijón ; Bárbara Belloc.
ISBN 978-987-628-779-1

1. Cuentos. I. Arijón, Teresa, trad. II. Belloc, Bárbara, trad. III. Título.
CDD 813

Título original: *The Lizard Man*

Diseño de cubierta: Belén Monsegur

Primera edición en Argentina: agosto de 2025

© 2007 by David James Poissant. Originally published in Playboy Magazine.
From the collection THE HEAVEN OF ANIMALS by David James Poissant.
By arrangement with the Author. All rights reserved.
© de la traducción Teresa Arijón y Bárbara Belloc, 2015
© de la presente edición Edhasa, 2025

C/Diputació, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-779-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Talleres Gráficos Porter

Impreso en Argentina

Esta edición de 1.200 ejemplares de *El hombre lagarto*, de David James Poissant, se terminó de imprimir en Talleres Gráficos Porter en julio de 2025.

Posdata

1. Ya elegiste tu postal de viaje. Ahora observá, leé, pensá. Abrite a la experiencia.
2. Dejá tu posdata en la última solapa del libro. Es tu espacio, sos libre de usarlo como quieras.
3. Por último, recortá la solapa por el troquel. Podés llevarla en la billetera, pegarla en la heladera, prenderla fuego en un altarcito o regalársela a alguien especial. ¡El cielo es el límite!

Recomendación

Cuando me invitaron a escribir este prólogo, mi primera reacción fue escapar, decir que no. ¿Cómo escribir un prólogo siendo un lector que los saltea sistemáticamente? Me hice esta pregunta y la respuesta fue la razón de aceptar: intentar escribir un prólogo que me gustara leer (o, por lo menos, que no me molestara encontrarme, que es bastante). Un prólogo que no descubra los secretos de un texto, sino que invite a leerlo. Un prólogo que lo recomiende.

Este relato lo leí hace ya varios años. Mi recuerdo era que se trataba de dos tipos duros y un lagarto. Como suele pasar con los libros de cuentos, con el tiempo, las historias se mezclan y lo que queda de cada una de ellas son pocas

cosas (dos tipos duros y un lagarto, en este caso) y una sensación general del libro como un todo indivisible. Este relato es el primero del libro *El cielo de los animales*. Esa misma tarde lo volví a leer en cuanto llegué a casa. La magia del tiempo había transformado ese relato de dos tipos duros y un lagarto en una lúcida y terrible historia sobre el duelo. Un duelo de múltiples dimensiones que atraviesa a esos dos hombres que sufren en silencio (por la sencilla razón de que no saben hacerlo de otra manera). Un duelo con cara de lagarto, un duelo de cuerpo que no ofrece resistencia, un duelo en la tempestad.

Ser librero otorga un gran privilegio: recomendar libros como parte esencial del trabajo del día a día. Elegir a qué lectores les vamos a recomendar esos libros que nos gustaron tanto. Lectores que no hayan perdido la capacidad de conmoverse con textos que ahondan en lo profundo de la naturaleza humana y que se

empecinan en tocar un poquito ahí donde nos duele. Lectores que tienen con la lectura una ceremonia secreta, íntima. Lectores que "no son infierno", podría haber dicho Calvino. A esos lectores les recomendé y les recomendaría este pequeño gran libro.

El hombre lagarto es un relato bello y desgarrador en iguales proporciones. Una puerta de entrada a la escritura concisa e inteligente de David James Poissant. Un escritor que va metiendo al lector en su laberinto mientras que (discretamente) va recogiendo el hilo para que cada uno se meta en el suyo propio.

Quizás, en unos años, alguien nombre este cuento y el recuerdo de los lectores no tenga ni tipos duros, ni lagartos, ni duelos; quizás solo tenga un poco de quiénes eran cuando lo leyeron. Porque la literatura, como el duelo, es tiempo.

Federico Majdalani
Librero de Mendel

Para Jonathan, de nuevo y siempre,
y a Noley, por darle a esta historia
su primer hogar.

El hombre lagarto

Entro al garaje con un chirrido cuando está asomando el sol y veo a Cam en la escalera de la casa, con su hijo Bobby. Cam está de pie. Es un hombre corpulento, pura fibra y músculos gracias a una década de trabajo en el gremio de la construcción. Tiene mangas de dragones verdes tatuados en los dos brazos, desde las axilas hasta las muñecas. Dice que, si se mira de cerca, puede verse un par de mujeres desnudas entre las escamas.

Cuando Crystal lo dejó, Cam se quedó con el chico, lo cual muestra qué clase de madre era Crystal. Cam es el único amigo que me queda. Cuando está sobrio es un santo, y hace diez años que no prueba una gota de alcohol.

Pone una mano sobre el hombro del niño, pero Bobby se suelta y sale corriendo. Viene

directo hacia la camioneta, se prende a mi pierna y la abraza con todo el cuerpo. Empiezo a caminar en dirección a Cam. Bobby rebota y ríe con cada paso que damos.

Cam y yo nos estrechamos la mano como si nada, pero su expresión lo dice todo.

—¿Otra vez turno noche? —dice.

Hecho un rollo marrón, el delantal asoma de mi bolsillo delantero, y yo apesto a grasa de cocina.

—Sí —digo.

No le dije a Cam que perdí los estribos y le grité a un cliente, que aparentemente algunas personas no saben qué significa *vuelta y vuelta*, que mi decisión de trabajar en el turno de diez a seis es lo que me permite tener luz y agua en casa.

—Bobby —dice Cam—, ve a jugar un rato, ¿sí?

Bobby suelta mi pierna y mira a su padre, escéptico.